

## DISCURSO DE INGRESO COMO MIEMBRO DE NÚMERO DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS. La Laguna, 14 de octubre 2009.

Ilustrísima señora directora del Instituto de Estudios Canarios, ilustrísimos señores de la Junta Directiva, dignísimas autoridades, señoras y señores:

Aunque en actos como éste, las expresiones de agradecimiento se suelen dejar para el final como colofón, yo prefiero hacerlas al comienzo por si acaso el cansancio o la emoción traicionen mi memoria. Soy consciente del honor que me han tributado al designarme miembro de este Instituto, de tan arraigado prestigio y prototipo de entidades dedicadas al estudio y difusión de las letras y de las ciencias. Canarias se siente honrada de su trayectoria, de su labor constante y fructífera. En la ya algo lejana fecha de 15 de diciembre de 1997, presenté en este salón de actos el libro “Obispos de Canarias y Rubicón”, juntamente con el ilustre y venerable sacerdote don Santiago Cazorla León, y a cargo de la doctora doña Constanza Negrín Delgado. Doña Manuela Marrera era entonces la directora del Instituto. Fuimos arropados con afecto por el público lagunero y autoridades civiles, eclesiásticas y académicas, por lo que he conservado mucho cariño a esta institución y he seguido de cerca sus iniciativas y publicaciones. Por ello, al concederme ahora el privilegio de pertenencia como miembro de Número del Instituto, manifiesto mi profundo agradecimiento a las Juntas de gobierno antecedente y actual y a las personas que me presentaron y apoyaron. Gracias don Carlos por sus palabras de presentación, tan elogiosas a mi persona. El nombramiento, me exige correspondencia y disponibilidad, que espero hacer realidad en lo sucesivo. Consideren la conferencia que voy a pronunciar como mi primera aportación, que ojalá sea de interés y provecho para todos ustedes.

Mi disertación versará sobre dos temas diversos, aunque afines. El primero se titula “Mayordomos tinerfeños de Nuestra Señora del Pino”. El segundo, “El retrato del obispo Morán pintado por José Rodríguez de la Oliva en La Laguna”. La principal fuente bibliográfica será mi reciente libro “Las iglesias de Nuestra Señora del Pino y las ermitas de Teror”, en el que se recoge, además, la documentación de archivos y trabajos de especialistas en arte e historia.

### I. Mayordomos tinerfeños de la iglesia de Nuestra Señora del Pino de Teror

Digamos, primeramente, que el oficio de mayordomo de fábrica de una iglesia o ermita tenía un carácter eclesiástico y jurisdiccional. Era nombrado por el propio obispo, o por su visitador general o provisor. Tenía responsabilidades y preeminencias sociales. Era el encargado de recoger las limosnas y tributos de los fieles y vecinos para dedicarlos al mantenimiento, aseo y decoro de la fábrica de la iglesia o ermita. Periódicamente o cuando se le requería estaba obligado a dar cuenta de su gestión bajo juramento ante la autoridad eclesiástica ordinaria o delegada, quien aprobaba o corregía los resultados. A los incumplidores se les advertían con aplicarles las penas canónicas previstas para tales casos.

Me propuse elaborar el listado completo de los mayordomos de Nuestra Señora del Pino de Teror, desde 1558 hasta el último que murió en 1973. En total suman 65, aunque algunos repitieron en periodos diferentes. Por ello, las personas que ostentaron el cargo se reducen a 59. El estudio detenido de los tres libros de fábrica y de los libros de limosnas hizo posible que consiguiera y encajara la relación de nombres, fechas y

condición laical o clerical de los mismos. Mayordomos seculares fueron 28 y clérigos 31. Como curiosidad estadística digamos, que en el siglo XVI, 7 fueron seculares y sólo uno clérigo; en el XVII, 17 seculares y 9 clérigos; y en los siglos siguientes se invierte radicalmente la tendencia, pues en el XVIII hay 12 clérigos y 3 seculares; en el XIX 7 clérigos y un solo secular y en el XX, serán dos clérigos y ningún secular.

La mayordomía, a veces, fue compartida por dos personas, con dos modalidades. La llamada “in solidum”, con iguales competencias y responsabilidades. Este es el caso del maestro Bartolomé Díaz y el cura Juan Riberos, 1590-1599, artífices en gran medida de la segunda iglesia de Ntra. Sra. del Pino, inaugurada en 1608. El maestro cantero Bartolomé Díaz construyó la portada plateresca de la iglesia de Santa Ana de Garachico, entre otras obras. También llevaron la mayordomía in solidum el prior Felipe Machado Spínola y el teniente cura de Teror Francisco Ramos de Quintana, entre 1719 y 1722. Del orotavense Machado Spínola hablaremos enseguida. La otra modalidad era la jerárquica, que consistía en un mayordomo principal, miembro del cabildo catedral, y otro subordinado residente en Teror. En esta conferencia hablaré también de tres mayordomos principales de la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX, naturales de Tenerife. Hagamos una breve semblanza de cada uno.

1. Don Felipe Machado Spínola era natural de La Orotava. En 1709 tomó posesión de una canonjía de la catedral de Santa Ana y en 1714 ascendió a la dignidad de Prior. Digamos que las prebendas de la catedral fueron desde el principio 32, según los estatutos del obispo Juan de Frías, aprobados el 22 de mayo de 1483. Las dignidades son ocho: deán, arcediano de Canaria, chantre, tesorero, maestrescuela, prior, arcediano de Tenerife y arcediano de Fuerteventura. Los canónigos son 18 y los racioneros 6 (12 medias raciones). En total, 32 prebendas, y 38 prebendados.

El 3 de abril de 1684 un tremendo temporal derribó el pino sagrado donde se había aparecido la Virgen. Como el pino hacía las veces de campanario, en su lugar se construyó en 1708 la graciosa torre amarilla octogonal, que se ha convertido en símbolo del templo y de la villa. El día 19 de agosto del año 1718, entre las ocho y nueve de la mañana, un gran estrépito sacudió el tranquilo pueblo de Teror. Medio quintal de pólvora que se estaba labrando en la sacristía baja de la iglesia del Pino, destinada a las fiestas de septiembre, había explotado. Aunque el humo penetró en la iglesia, la imagen de la Virgen del Pino se salvó milagrosamente, según los testigos. Pero la pérdida de objetos y enseres de culto fue cuantiosa. En septiembre del año siguiente fue enviado a Teror como visitador general el canónigo don Luis Manrique de Lara Trujillo de Vergara, perteneciente a una familia vinculada a la villa. El visitador tenía como misión averiguar las causas y efectos del incendio, y tomar las medidas correctoras adecuadas. El mayordomo José Henríquez, responsable principal del accidente, cesó en el cargo, y fueron nombrados como sustitutos in solidum, como ya dijimos, el prior don Felipe Machado y el teniente cura licenciado Francisco Ramos de Quintana. Por vez primera, un tinerfeño era nombrado mayordomo de la fábrica de Ntra. Sra. del Pino. Su gestión fue fructífera y eficaz, consiguiendo mejorar y embellecer la iglesia. Construyó un amplio y espléndido camarín para la Virgen y encargó al platero Juan Asencio un trono y un sol de plata. Mandó hacer también un coro de cantería y de madera, y reconstruyó la sacristía destruida por la explosión de la pólvora. Los gastos superaron a los ingresos, pero ambos mayordomos donaron a la iglesia lo que habían adelantado de sus peculios. Don Felipe enfermó repentinamente y se trasladó a su isla

natal, Tenerife, donde falleció el 16 de octubre de 1722. Murió ostentando el título de mayordomo de Nuestra Señora del Pino.

En los años posteriores, se anotan donativos para la Virgen de Pino procedentes de Tenerife. Así, en 1730, leemos en los cargos “un donativo de un indiano, entregado por el Predicador fray Nicolás de Oropesa, morador del convento de Santa Cruz de Tenerife”. Y en las cuentas de 1742 leemos el siguiente apunte: “Cuatro botijas de aceite que dio de limosna una persona de Tenerife por mano del mayordomo Sebastián de Ortega”.

Durante casi 50 años, entre 1760 y 1808, la mayordomía principal la ostentarán consecutivamente tres tinerfeños: Estanislao de Lugo y Viñas, de la Orotava, Andrés Domínguez Vélez, del Puerto de Santa Cruz, y Antonio María de Lugo y Molina, de La Orotava y sobrino del mencionado don Estanislao. El mayordomo segundo o auxiliar de los tres sería el presbítero Sebastián González Ortega, que vivía y ejercía en Teror, hasta que falleció en 1801 y fue sustituido por el también presbítero Carlos María de Quintana.

2. Don Estanislao de Lugo está en el cuadro de honor de los devotos y bienhechores de la Virgen del Pino. El 15 de febrero de 1760, estando el obispo fray Valentín Morán en el Puerto de Santa Cruz de Tenerife, firmó un decreto por el que ordenaba el cierre inmediato de la iglesia de Nuestra Señora del Pino de Teror por amenazar ruina. Dos días antes había enviado una carta al cabildo catedral comunicando el dicho cierre y el inicio de la construcción de una nueva iglesia, poniendo al frente de la obra al ingeniero-arquitecto el teniente coronel don Antonio de la Rocha, y a su Visitador General, don Estanislao de Lugo, como administrador. Dice textualmente el prelado: “y así he determinado valerme del notorio celo de mi Visitador General, para que por sí mismo y por las personas que estimare, recoja las limosnas de toda la Isla, y vaya de acuerdo con el citado don Antonio de la Rocha para los gastos y demás que se ofreciere...” Este tándem sería el artífice de la actual iglesia de Ntra. Sra. del Pino que se bendijo en agosto de 1767. Las cuentas de don Estanislao, conservadas en el archivo parroquial de Teror, constituyen el más importante documento para conocer de primera mano cómo se construyó el templo, quiénes lo edificaron y cuánto costó la obra. Están los nombres de los bienhechores y de los maestros de la obra, los materiales empleados y, en ocasiones, de dónde se trajeron. También nos revelan los nombres de los maestros de los cinco retablos barrocos de la iglesia: Nicolás Jacinto y José de San Guillermo, que autores como Alfonso Trujillo no precisaron correctamente. Finalmente, se especifica la procedencia de algunas de las imágenes que se veneran en dichos retablos, unas de Génova, como San José y San Joaquín, y otras de Sevilla, como San Ramón Nonato, los Varones Apostólicos y los Arcángeles San Gabriel y San Rafael.

La rama de Lugo-Viña se inicia en La Orotava con don Francisco Benítez Pereyra de Lugo, regidor perpetuo de Tenerife, que casó en 1544 con doña Isabel Cabrera Llarena y San Martín. En 1599 fundaron el mayorazgo de esta casa, del que fue heredero en quinta generación don Antonio Estanislao Benítez de Lugo-Viña y Ponte, nacido en La Orotava en 1682, capitán de Caballos-Corazas, ayudante mayor de la Caballería en 1706 y alcaide del castillo San Felipe Nerí del Puerto de la Cruz. Don Antonio casó en 1702 con doña María Magdalena Francisca Tomasa de Franchi Alfaro y Monteverde, hija del coronel de Caballería don Francisco Tomás de Franchi y Alfaro, señor de esta casa, y de doña Beatriz María de Monteverde y Brier. Don Antonio y doña Magdalena fueron los

padres de nuestro protagonista don Estanisalo de Lugo. Éste fue bautizado en la iglesia de la Concepción de La Orotava el 18 de abril de 1708. En 1731 se ordenó de sacerdote en Alcalá de Henares, en cuya Universidad se licenció en derecho canónico en 1732. Regresó a su villa natal en 1736 y fue nombrado Vicario en ausencias del distrito de Taoro. En 1739 pasó a la catedral de Canarias primero como racionero. Luego, en 1740, ascendió a canónigo y, finalmente, obtuvo la dignidad de tesorero en 1754.

El obispo fray Valentín Morán llegó a su sede de Canarias el 14 de julio de 1751. Al año siguiente llamó a la curia a don Estanislao, nombrándole Vicario general, Visitador General del obispado y Examinador Sinodal, convirtiéndose así en su hombre de confianza. Buen administrador, ejerció también como Hacedor de la isla de Tenerife. Falleció en Las Palmas el 28 de julio de 1781, a la edad de 73 años, siendo sepultado en la capilla de San Fernando. En 1778 había otorgado poder a su hermano Lorenzo, dignidad de Prior de la catedral, para que formalizase su testamento, lo que hizo el 15 de agosto de 1781.

3. A don Estanislao sucedió otro tinerfeño, el canónigo don Andrés Domínguez Vélez. Nació en el Puerto de Santa Cruz y estudió derecho en la Península, probablemente en la Universidad de Alcalá de Henares. El doctorado lo obtuvo en la Universidad de Santo Tomás de Ávila, de la Orden de Santo Domingo. En 1757 consiguió la ración primera de antigüedad de la catedral de Canarias y en 1767 ascendió a la canonjía 13, vacante por la muerte de don Josef de Betancourt. Digamos también que su hermano Francisco Manuel era en la misma catedral canónigo doctoral y un eminente jurista.

Don Andrés fue nombrado mayordomo principal de Nuestra Señora del Pino en 1777, por renuncia de don Estanislao de Lugo, continuando como segundo el presbítero don Sebastián González Ortega. En el cargo permaneció hasta su muerte acaecida el 28 de octubre de 1795. Tres grandes obispos visitaron la parroquia de Teror durante su mayordomía: fray Joaquín de Herrera, Antonio de la Plaza y Antonio Tavira, los tres pertenecientes a la corriente ilustrada. El primero, que era cisterciense, promovió en la iglesia del Pino el rezo del Oficio Parvo para los clérigos y capellanes, que reguló en 1785 don Antonio de la Plaza. Este prelado fue director de la Real Sociedad Económica de Amigos del Paía de Tenerife y en Teror costeó el empedrado de la plaza del Pino. Al renovador don Antonio Tavira se debe el famoso mandato de retirar la imagen de Ntra. Sra. del Rosario que presidía el retablo de la nave de la epístola de la iglesia de Teror, por incompatibilidad con la Virgen del Pino. Fue dado en la visita del 13 de agosto de 1793, en los últimos años de la mayordomía de don Andrés. Las razones del obispo reformista nos dejan perplejos por su visión de futuro, adelantándose en dos siglos a la doctrina del Concilio Vaticano II. Dice Tavira: “no tenemos por conveniente que en el mismo templo haya otra imagen de la Madre de Dios con cualquiera otra advocación o título lo que puede dividir en algún modo la devoción y los efectos, y aún traer con el tiempo división de los ánimos y diferencias escandalosas, y desde luego influir en los errores vulgares que tanto cunden en la gente, incauta y sencilla , de atribuir virtud particular a las imágenes y más a unas que a otras...” En la misma visita de Tavira se advirtió el deterioro de la fábrica de la Iglesia del Pino, cuya situación se agravaría en la primera década del siglo XIX, con otro obispo y otro mayordomo principal. Don Andrés había encargado en 1785 al maestro de albañilería don Agustín Martín que hiciera una inspección e informara del estado del templo.

4. El mayordomo don Antonio María de Lugo y el ingeniero don Gonzalo Lorenzo Cáceres, de La Orotava y de Garachico, respectivamente.

Otro tinerfeño sucedió a don Andrés: don Antonio María de Lugo y Molina, natural de La Orotava y sobrino de don Estanislao de Lugo. Se graduó en teología en la Universidad de Valencia. Fue primero racionero de la catedral, 1790, y luego canónigo en 1796. Fue también rector del seminario conciliar que había fundado el obispo fray Juan Bautista Servera en 1777. En 1806 se le otorga la dignidad de arcediano de Canaria. Falleció en 1819. Fue mayordomo de Nuestra Señora del Pino desde 1796 a 1808, en uno de los periodos más tumultuosos de la historia de Teror. En los antecedentes a este acontecimiento, intervino sin proponérselo, otro tinerfeño, el ingeniero don Gonzalo Lorenzo Cáceres. El mayordomo Lugo y el ingeniero Cáceres, que eran amigos, trabajarán juntos en la búsqueda de una solución para el templo de Ntra. Sra. del Pino que amenazaba ruina.

Con el obispo Manuel Verdugo se planteó la necesidad urgente de restaurar el templo de Teror, inaugurado en 1767, cuando sólo habían transcurrido 40 años. Don Antonio de Lugo encargó un estudio a varios técnicos sobre el estado del templo y la viabilidad de su reconstrucción. Fueron llamados el artista arquitecto Luján Pérez, que había asumido la dirección de la obra de la fachada nueva de la catedral, el carpintero Juan Antonio Cabral y el citado albañil don Agustín Martín acompañado del también maestro don Vicente Falcón. Finalmente, en el verano de 1803, el obispo y el mayordomo decidieron invitar al ingeniero tinerfeño, de Garachico, don Gonzalo Lorenzo Cáceres, quien hizo un exhaustivo estudio y propuso una audaz iniciativa para solucionar definitivamente la estabilidad del templo, que estaba edificado sobre terreno acuoso, pues una mina de agua corría debajo del edificio. Las cartas dirigidas por don Antonio María a don Lorenzo revelan la sintonía y amistad que había entre ambos. Los informes del ingeniero Lorenzo Cáceres, de Luján Pérez y del carpintero Juan Antonio Cabral se conservan en el Museo Canario y en el Archivo Municipal de Garachico. Don Lorenzo, además de criticar el trabajo de don Antonio de la Rocha, constructor de la iglesia, de quien dice que “era un mero aficionado a la arquitectura”, propone dos posibles soluciones. La primera consistía en hacer unos cimientos profundos “hasta la altura en que empezasen a descubrirse las aguas” y levantar un muro que resista el empuje de las tierras rodeando todo el recinto de la iglesia con estribos y contrafuertes. La segunda, aceptada también por Luján Pérez y los otros maestros, se inclinaba por construir una nueva iglesia en el lugar de San Matías, donde había tierra firme y a seis varas de profundidad “una especie de toscón de piedra”. Incluso, pedía el ingeniero que los vecinos construyesen sus casas en ese lugar abandonando las que tenían en el valle, junto a la iglesia.

El obispo y el mayordomo se decidieron con entusiasmo por el segundo proyecto y así se lo comunicó a don Gonzalo el propio don Antonio de Lugo en carta de 4 de julio de 1804. Un año antes, el obispo había ordenado el cierre del templo y el traslado del Santísimo y de la imagen de Nuestra Señora del Pino a la casa contigua llamada de la Cilla o Diputación, acondicionada para capilla por Luján Pérez. En 1805, al conocerse el proyecto de la nueva construcción en San Matías, los ánimos se enardecieron en el pueblo hasta tal punto que se presentó recurso ante la Audiencia, que dictaminó contra el obispado. Éste, a su vez, recurrió al Supremo, lo que no hizo sino retrasar la solución e incrementar el malestar. Los técnicos y las autoridades eclesiásticas no habían tenido en cuenta los sentimientos del pueblo y su arraigada tradición acerca del árbol sagrado

donde se apareció la Virgen. En aquel sitio y no en otro, tenía que estar la iglesia. En 1808 tuvo lugar el famoso motín de Teror, con intervención de las milicias, retención del cura párroco por parte de los amotinados y detención de los cabecillas. El mayordomo Antonio de Lugo dimitió del cargo, siendo sustituido por don Pedro del Castillo y Bethencourt, tío del conde de la Vega Grande. Finalmente, el obispo dio marcha atrás y ordenó la restauración del templo, que el propio prelado inauguró el 28 de agosto de 1811. Comenta don Antonio Rumeu de Armas que “el santuario y basílica de Teror está en pie por la fe y sublime tozudez de sus moradores. Y se yergue altivo sobre el pino sagrado. Ni más allá ni más acá.”

## II. Retrato del obispo fray Valentín Morán, por José Rodríguez de la Oliva.

El mercedario fray Valentín Morán gobernó la diócesis de Canarias durante diez años, desde 1751 a 1761. Era asturiano, natural de Avilés, y en su Orden fue Procurador General y Vicario de la Provincia de Italia. Estando en Roma fue consejero del papa Benedicto XIV y en 1748 fue llamado a la Corte como predicador del rey Felipe V. En su diócesis de Canarias sobresalió por su generosidad con los pobres y por su espíritu misionero. Este celo apostólico le llevó a predicar por cuatro de las islas, Lanzarote, Fuerteventura, Gran Canaria y Tenerife. De tanto cabalgar a caballo, quedó parálítico, pues “se le enconó una fistula”, en palabras de Viera y Clavijo. Renunció al obispado y se retiró a su villa natal de Avilés, donde murió en 1766, dejando como herederos “a los pobres del obispado de Canarias”.

El único retrato de Morán se conserva en el salón de Recepciones del Ayuntamiento de Avilés. En 1997 lo publiqué en el libro “Obispos de Canarias y Rubicón”, con una fotografía que yo mismo realicé. En 2008, para el libro de “Las iglesias de Nuestra Señora del Pino y las ermitas de Teror” se encargó a un profesional del Norte de España, Miguel Ángel Quintas Bartolomé, residente en Zamora, que tomara varias fotos de calidad, con licencia del ayuntamiento, que iremos viendo a continuación.

El retrato tiene el valor añadido de la firma del autor, José Rodríguez de la Oliva. Está en el pliego de papel que el prelado sostiene con su mano izquierda. El artista quiso dejar constancia de su autoría usando un elegante estilo epistolario: “Ilmo. y Rmo. El capitán Don Joseph Rodríguez de la Oliva a los pies de V.S.I. , suplica”. La obra está a la altura de los otros retratos de figuras eclesiásticas atribuidos por doña Carmen Fraga a Rodríguez de la Oliva: los obispos Conejero, Guillén y Cervera, el arcediano José Marcos Verdugo y Albiturría y el canónigo Nicolás Viera y Clavijo, hermano del historiador y arcediano de Fuerteventura José Viera y Clavijo. Hay un aspecto común en ellos: los rostros se muestran como reflejos del alma, pues definen admirablemente el pensamiento, carácter y sentimientos de cada personaje. Lucas Conejero es representado como el jurista rígido. Guillén como un prelado resolutivo. Cervera como el ilustrado convencido y convincente. Verdugo como el prebendado de las muchas ocupaciones. Nicolás como el hombre que medita en el paso del tiempo y en la cercanía de la muerte. Morán como el fraile mercedario afable y espiritual. La tonsura en su cabeza y los hábitos blancos nos recuerdan su condición de miembro de la Orden de la Merced, a la que nunca renunció ni ignoró durante su pontificado. Con todo, su estado episcopal es patente en el hermoso pectoral con incrustaciones de piedras preciosas de color verde y en el anillo del dedo anular de la mano derecha.

¿En qué fecha posó el infatigable obispo misionero para el artista? Creemos que a finales de 1756, durante su estancia en la Laguna, en su segunda visita pastoral al Norte de Tenerife. Tengamos en cuenta que fray Valentín visitó tres veces la isla de Tenerife. Llegado a su sede de Las Palmas en julio de 1751, en diciembre de ese mismo año y en los primeros meses del siguiente, hizo visita pastoral a las parroquias del Norte de Tenerife. Consta, por ejemplo que el 4 de enero de 1752 estuvo en Garachico. Esta fue una visita dedicada enteramente al ministerio episcopal, predicar y confirmar, y a conocer el estado de la diócesis. Su tercera estancia tuvo lugar desde el mes de febrero de 1760 hasta el 16 de abril de 1761. Morán había renunciado a la mitra y se estableció en el Puerto de Santa Cruz de Tenerife a la espera de recibir la aceptación de la renuncia por parte del rey y poder trasladarse a Asturias. Estaba entonces incapacitado para moverse. Por tanto, en este tiempo no pudo ser retratado. Cuando posó para Rodríguez de la Oliva el obispo estaba entero y aparenta buena salud. Por consiguiente, tuvo que ser durante la segunda visita a La Laguna cuando se le hizo el cuadro, a finales de 1756 o principios de 1757. En esta segunda visita pastoral, el obispo estuvo acompañado de los misioneros mercedarios padres Medinilla y Villoslada, llamados por él para que misionasen en todas las islas, como así lo hicieron.

En el libro “La Merced en las Islas Canarias”, 2001, expuse todos los datos que muestran la estrecha vinculación que hubo entre la Cofradía de la Merced, con sede en la iglesia de los Remedios, el obispo mercedario y el artista Rodríguez de la Oliva. Tanto Pereira Pacheco como Lope Antonio de la Guerra afirman que la antigua imagen de la Merced fue restaurada y perfeccionada por el artista lagunero. Fue su intervención tan profunda y determinante que se consideró obra suya y nueva. Recordemos que el artista era cofrade y mayordomo de la Hermandad del Santísimo Cristo de los Remedios, por lo que tenía especial crédito en la parroquia. Pereira escribió que la imagen de la Merced “era una de las mejores que tiene el templo, que hizo y encarnó don José Rodríguez de la Oliva, uno de los mejores escultores que han conocido los canarios”. Había sido hecha en 1752 y colocada para su veneración el 26 de diciembre. El altar había sido fundado por el mercader Juan de Sosa a mediados del siglo XVII. Luego, en 1756, el obispo Morán mandó hacer un retablo nuevo que costeó con su peculio. Concretamente, anota el padre Medinilla en su famosa crónica, dio 500 pesos y una viga grande. El retablo fue inaugurado en junio de 1761, dos meses después del regreso de Morán a la Península. El cronista citado, don Lope Antonio de la Guerra y Peña, es dadasivo en detalles que confirman los vínculos estrechos entre la cofradía, el artista y el prelado: “A la muerte del Beneficiado Francisco Sánchez Tapia, fue enterrado ante el altar de Nuestra Señora de la Merced, cuya devoción promovió, y a su solicitud se hizo nueva imagen, que perfeccionó el célebre don Joseph Rodríguez de la Oliva; le compró vestido de lampaso, se le hicieron andas, y dio principio a forrarlas de plata; se hizo el retablo que costeó el Ilustrísimo obispo D. Valentín Morán de la Orden de la Merced; se estableció novena y procesión por las calles con que aumentó la devoción de este atributo de Nuestra Señora”.

Todo ello sugiere que Morán y Rodríguez de la Oliva se conocieron y entablaron amistad en La Laguna. Las misiones de los padres mercedarios en La Laguna se predicaron en el mes de diciembre de 1756, estando presente el obispo, como relata Medinilla en su diario: “Aquí (en la Laguna) comenzamos la Misión el domingo tercero de Adviento, llevando el crucifijo el señor Obispo...La clausura se hizo el jueves antevíspera de Navidad también con su presencia: El Ilmo. asistió a esta función y echó al fin de mi Misa la bendición episcopal”. En aquellos días, complacido fray Valentín

con el buen trabajo realizado por Rodríguez de la Oliva con la imagen de Nuestra Señora de la Merced, e informado de su buena mano también como pintor, le encargó la composición de su retrato. Aunque también es posible que el artista tomara la iniciativa y se ofreciese a hacerlo, convenciendo al humilde y apostólico fraile que posara durante algunos ratos para ejecutar su trabajo. Esta segunda hipótesis está más en consonancia con el espíritu del obispo mercedario, alejado de protagonismos y de honores, y explica la súplica dirigida al obispo por el artista, que se lee en el pliego de su mano izquierda.